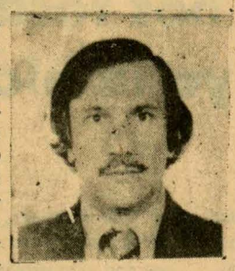
Bustamante y la libertad de imprenta: la que enfrena el despotismo



Unos cuantos días después de la proclamación de la Independencia, Carlos María de Bustamante publica en la ciudad de México su periódico **La Avispa de Chilpancingo** (octubre de 1821 a agosto de 1822) con el objeto de "perpetuar la memoria del primer Congreso instalado allí" y también "para perpetuar la buena memoria del muy honorable y excelentísimo señor don José María Morelos". En cierto sentido se puede afirmar que **La Avispa** es el órgano postrero de la prensa insurgente y que sus objetivos (como los de todas las empresas de Bustamante) son los siguientes, a juicio de Ernesto Lemoine: sentar en el banquillo de los acusados a la Conquista y el Virreinato; la exaltación del mundo azteca como fundamento histórico primordial del nuevo Estado mexicano; negar validez y viabilidad a la doctrina contenida en el Plan de Iguala; proclamar los principios de Chilpancingo y Apatzingán como las bases lógicas para encauzar constitucionalmente al país; y, por último, señalar a los héroes paradigmáticos, cuya altura sirva de medida a los futuros gobernantes: Nezahualcóyotl y Morelos. Entre todos sus periódicos éste es el más coherente y uno de los que mejor definen su estilo "solemne, dicharachero, declamatorio, moralista, romántico-popular, ripioso, anecdótico, evocador de las glorias pasadas, chispeante y mexicanista hasta las cachas".

En la entrega número 2, del 28 de octubre de 1821, Bustamante le platica a un imaginario amigo (procedimiento retórico que le permite incidir en la literatura epistolar, la que mejor sienta a sus capacidades, y que por entonces está de moda) cómo era la prensa mexicana al inicio de la vida independiente, cuáles deberían ser los propósitos a seguir por los verdaderos periodistas y la significación que tenía para la salud del país la libertad de prensa. En seguida reproduzco lo que Bustamante publica acerca de dichos temas en esta entrega; para facilitar la lectura he modernizado la ortografía y la sintaxis.

"Cumpliré religiosamente con el encargo que usted me hace de no mandarle tanto indecente papelucho como los que están saliendo, pues sobre costarle dinero la compra, le costaría casi otro tanto su porte de estafeta. Apenas hay uno u otro de muy pequeño mérito: los demás son un tejido de vaciedades y tonteras; sobre esto he oído declamar a muchos críticos y desatinar tanto con la boca como con la pluma. Alguno de estos quisiera que se prohibiese la santa libertad de imprenta, la que enfrena el despotismo y hace estremecer a los tiranos en su solio y en medio de sus bayonetas; pero éstos no han salido de su Chamacuero, no saben lo que es un pueblo libre y por tanto no aprecian en sus quilates este favor y prerrogativa civil que más ennoblece a un Estado.

"Otros la hacen de escrupulosos: dicen que la religión y caridad fraterna perece: estos semejan a los gatos escrupulosos que volvieron punto de conciencia comerse el azador después de haberse soplado la polla; esto después de haberse mezclado la prensa en las primeras revueltas del reino, que tantos males nos ha causado. Si quieres que Atenas esté arreglada, le decía un filósofo a un proyectista, comienza el arreglo por tu casa. Hay además quien dice que la libertad de imprenta sólo debe permitirse en países protestantes y no católicos, como si para escribir e imprimir con libertad fuera necesario inculcar las sectas religiosas y atacar el dogma: ¿pero qué de inepcias de esta calaña no oyeron las Cortes de Cádiz cuando se trató este asunto? Por último, no ha faltado hombre que jactándose de haber encontrado el grande y exquisito medio de conciliar la libertad de imprenta con la censura previa que es su enemigo (y tan opuesta como lo es la gracia y el pecado) quisiera que los papeles se censurasen antes de ver la luz por una junta de literatos. Por esta circunstancia juzgaba que la libertad de los escritores no quedaba coartada; mas este hombre no sabe ni entiende el significado de las palabras. ¿Acaso un hombre no debería llorar la pérdida de sus bienes cuando se los quitaron 6 u 8 sujetos, de acuerdo entre sí, y sí cuando el ultraje lo recibiese de la mano de uno solo y único asesino? ¡Para la moralidad de la acción, qué importa que se ejecute por uno o por muchos! De cualquier manera el escritor es privado de su libertad, es hollada la constitución política y es tiranizado. Otros quieren exigir de los escritores este sacrificio de espíritu; pero si el mismo Dios no exige de nosotros la castidad y virtudes sublimes como precepto, ¿cómo los hombres podrán demandar el sacrificio de nuestro espíritu, de los hijos de nuestro entendimiento y de lo que más amamos?. . .

"Cuando he oído discutir de este modo, no he podido menos de echar una mirada de compasión sobre el reseco cerebro de donde salieron proyectos tan desatinados. Infeliz, tú sí eres el más desgraciado de los hombres. Testigo de nuestra común servidumbre, y envuelto en nuestras comunes desgracias de 11 años, ya que el cielo rompió tus ligaduras, mal hallado con tu felicidad buscas a tus tiranos, los llamas, los acaricias, quisieras soldar los fragmentos de tus antiguas y pesadísimas cadenas, no de otra manera que el pajarillo que viendo abierta la puerta de la jaula se sale de ella, goza por un instante de su libertad y torna otra vez a su cautiverio. Por desgracia abundan estos hombres. ¿Y tienen cara para declamar contra los Venegas, Callejas y Apodacas? Ellos eran disculpables porque obraban sobre un sistema fijo y conocido de tiranía. ¿Pero pensar así los que ya están libres del naufragio, los que ven disueltas sus ataduras y los que sólo deberían ocupar su voz, su pluma y su corazón en bendecir a Dios misericordioso que los sacó del fuego de la servidumbre y de la muerte? Pero no, consolémonos, amigo mío, tan mala yerba no cundirá, se lo juro a usted por lo más santo y por los objetos más preciosos de mi corazón. ¡Por vos lo juro amada patria mía! Antes sea yo sumergido en las salobres aguas de la laguna de Tenochtitlan, antes perezca bajo un torrente de lava ardiente del majestuoso y terrible Popocatépetl, que verte esclava, ni hollado el sacrosanto derecho de la libertad de prensa y escribir. Infelices, vuestras pretensiones serán desoídas y vuestros deseos correrán la suerte de esos escritores oscuros que no merecen más pena ni censura que el desprecio del que los ha leído: ocúltense en lo hondo de un carretón nocturno y húndanse para siempre en el abismo del olvido. Todas mis reflexiones en cuanto a la libertad de imprenta siempre se han reducido a este precioso dilema. O el que escribe lo hace con verdad, o con impostura: si lo primero, no merece pena; si lo segundo, castíguesele y confúndasele: tal era la opinión de Alfonso el Sabio, tal su ley, y tal un decreto de las Cortes de Cádiz. Concretemos todos los reglamentos a estas precisas máximas y en México seremos tan libres como en Filadelfia; de lo contrario seremos esclavos.

"Lucidos quedáramos si a los primeros pasos que diéramos como niños por el camino de nuestra libertad civil se nos presentara un tribunal de sabios a corregir nuestras producciones antes de ver la luz. Los que osaran en tales circunstancias erigirse en jueces, hollando las sacrosantas leyes de nuestra libertad, no sólo no serán sabios sino que además serán unos malvados dignos de expiar tamaño atrevimiento en un patíbulo en las garras de un verdugo. Si tal sucediera, yo preguntaría como Carnot a Bonaparte: ¿para qué nos hemos revuelto? ¿Para qué hemos hecho tan cruentos e incomparables sacrificios? ¿Para qué hemos nadado sobre la sangre de nuestros enemigos y hermanos? ¿Es éste el fruto de nuestros sacrificios? De ser así parezca para siempre el malhadado momento en que apellidamos libertad e independencia. Perezca el día en que salió tal palabra de la boca del inmortal Hidalgo. Amigo querido, tenemos en el estómago muchos granos de tártaro emético, y algunos de los que se precian de ser nuestros amigos quisieran cosernos la boca a 2 cabos para que no los lanzásemos sino que reventásemos con ellos. . .

"Entre tanto se fija el reglamento que debe adoptarse (que no debe ser otro que el de Buenos Aires) tendremos momentos muy azarosos. La máscara de la piedad y la religión con que se cubre esta dañina casta de gente nos tiene en alarma;